

ESTRATIGRAFIA E INTERPRETACION HISTORICA DE LA CAMPA TORRES

(1991-1994)

José Luis Maya, Francisco Cuesta

La continua aparición de diversos trabajos en torno a las investigaciones realizadas en la Campa Torres, incluyendo la serie de *Excavaciones arqueológicas en Asturias*, nos permite comprender mejor en mayores detalles sobre las características generales de este poblado. Gracias a ello, nos centraremos en su estudio estratigráfico, perfilado sobre todo en las últimas campañas, puesto que ha sido en ellas cuando se han alcanzado en diversos puntos los niveles fundacionales del castro.

Hemos de hacer notar que precisamente la complejidad estratigráfica, unida a las remociones provocadas en numerosos lugares por los replanteamientos urbanísticos romanos, han sido elementos determinantes en el hecho de que hoy nos esperada hasta este momento, el que disponemos de una información amplia, para la publicación de tales secuencias.

También es evidente que la propia dinámica de las excavaciones nos obligará, con toda seguridad, a introducir modificaciones y reelaboraciones parciales, así como a precisar con mayor detalle las fases intermedias entre los dos grandes momentos prerromanos, el fundacional y el de los dos siglos anteriores al cambio de era; sobre todo tras el estudio sedimentológico que se terminase. En cualquier caso, y con el objetivo de presentar una interpretación histórica, creamos que los grandes ejes de la vida del poblado ya están definidos.

Para comenzar, hay que dejar constancia de que uno de los mayores problemas que condicionaron nuestra investigación, es la existencia estratigráfica existente en el yacimiento según las zonas a considerar, que podemos resumir en los siguientes puntos:

1. PROBLEMÁTICA ESTRATIGRAFICA EN LA CAMPA

En la campaña interior, los niveles prerromanos suelen encontrarse revueltos, lo que es difícil comprobar al aparecer en los estratos más recientes no sólo materiales tardíos, sino también clásicos y de gran antigüedad: cerámica ática y campaniense, ánforas anteriores a la conquista, *sigillata* íberica, cuencas de pasta vítrea, etc. Estos materiales salen mezclados con sigillatas de los siglos I-II p.C., e incluso con otros objetos más tardíos y corroboran la hipótesis, expuesta por nosotros en diversas ocasiones, sobre la dificultad de definir el origen y proceso evolutivo

de los castros asturianos en los que o bien aflora la roca madre rápidamente o bien hay una ocupación posterior, esta es romana, que desfigura los momentos más antiguos.

Ello no quiere decir que sea completamente imposible encontrar zonas sin remover y es cierto que poseemos el mejor ejemplo de este hecho en las cubetas de fundición, excavadas parcialmente bajo el suelo natural. Sin embargo, al margen de estas situaciones peculiares, en la campaña no es fácil encontrar zonas intactas por encima del nivel basal de arcillas, pero suele ocurrir que algunos paquetes estratigráficos que están bajo las ruinas de las casas romanas, señalen incluso por sus cimientos y sólo parcialmente alterados.

Igualmente debe señalarse que precisamente en la campaña donde menos se ha profundizado estratigráficamente, salvo en sectores muy concretos, dada la existencia de viviendas que hay que conservar y la prioridad que concedimos a las investigaciones en la muralla, mucha más notable desde el punto de vista de la calidad del registro prerromano.

2. LAS ESTRATIGRAFÍAS DE LA MURALLA

Es en la muralla donde contamos, por ahora, con la única estratigrafía clara, que nos permite reconstruir el proceso histórico de la Campa Torres. Sin embargo, aquí, la complejidad en dimensiones y duración del yacimiento hace que sea necesario recurrir a diferentes técnicas estratigráficas, cuya interrelación de resultados permita una visión global del marco histórico del yacimiento, entre las cuales destacaremos:

Sector XX:

Comenzaremos con este sector occidental (fig. 1), en el que, en líneas generales, han podido reconocerse siete estratos, de los que los dos superiores corresponden a niveles muy probablemente romanos y estratigráficos a favor de la pendiente actual, a diferencia de los más profundos, lo que indica su carácter moderno y su formación cuando no contaban con el apoyo de la muralla antigua, a la que sobrepasan. En ellos, aparece material disperso, romano e indígena: antora Habert 70, dos monedas corinas de Tiberio, correspondientes a acuñaciones municipales de Lariaso, sigillata, etc. Los

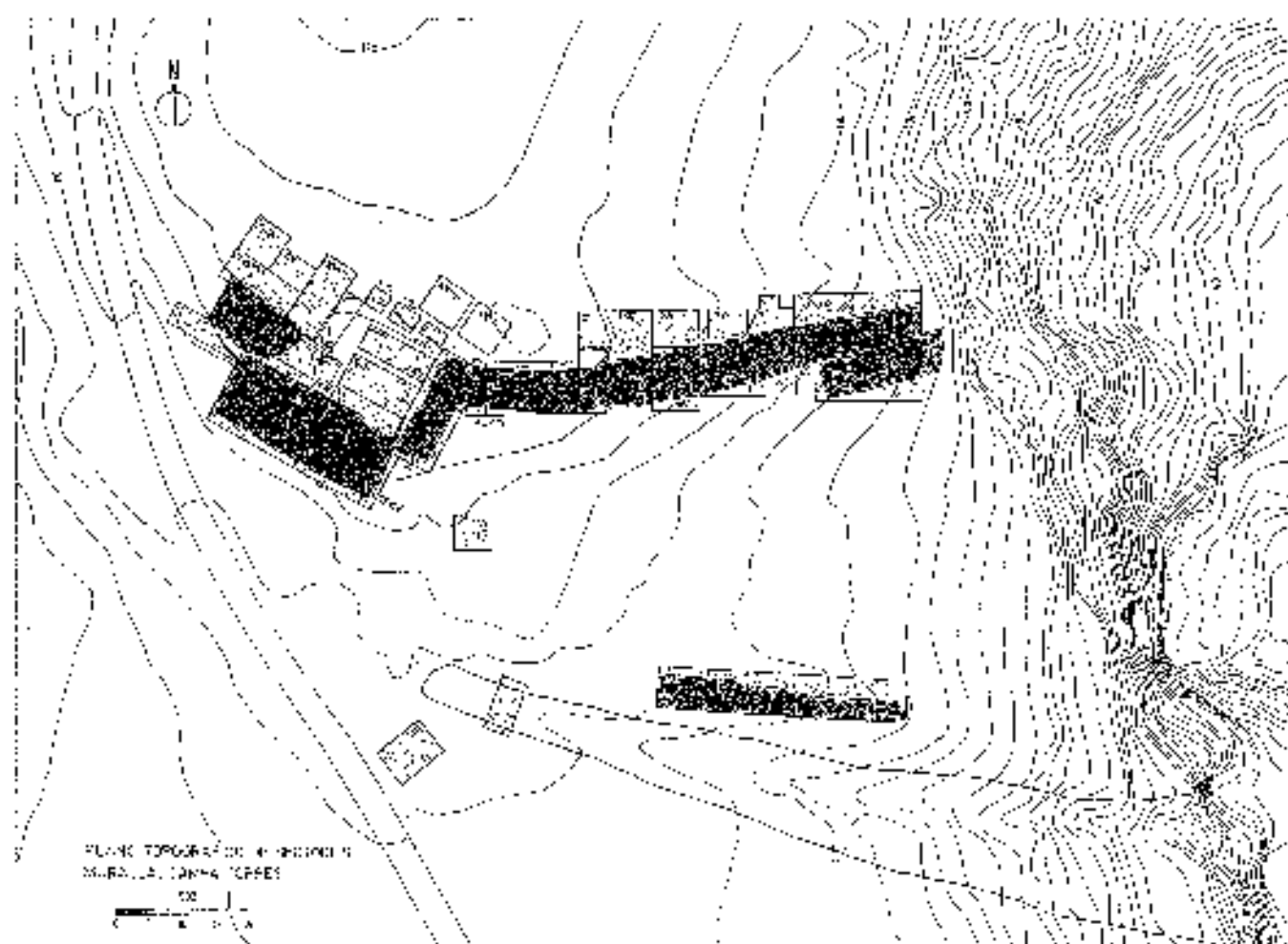


Fig. 1. Zona de defensas de la Cueva Tuzos. En trazo espesa las murallas y en elab. y con puntos los muros de sectores de avanzada...

de destacar que, a pesar de esa remoción, el material aportado corresponde sobre todo a las últimas fases del poblado¹ (fig. 2).

El estrato III:

En espera de que los análisis sedimentológicos clarifiquen el proceso de formación de esta capa de gravas, su aspecto es el de un nivel de arroyamiento, que puede marcar procesos deposicionales tras el abandono definitivo del castro y la pérdida del derrumbe de la muralla, que protegía las capas inferiores y que, sin duda, fue destrozándose

por la pendiente. Cuenta con ciertos materiales significativos, como un ladrón y cacerillas cu 8, además de una cerámica a torno, de ensobe acanalado y pintura de líneas rojas, posiblemente de tipo neolítico, lo que confirmaría el desplazamiento de las capas superiores.

El estrato IV:

Es el que denominamos inicialmente "El nivel de cenizas" y es un estrato negro y compacto, que se apoyaba en la muralla y que, en consecuencia, decrece en potencia a partir del contacto con ella.

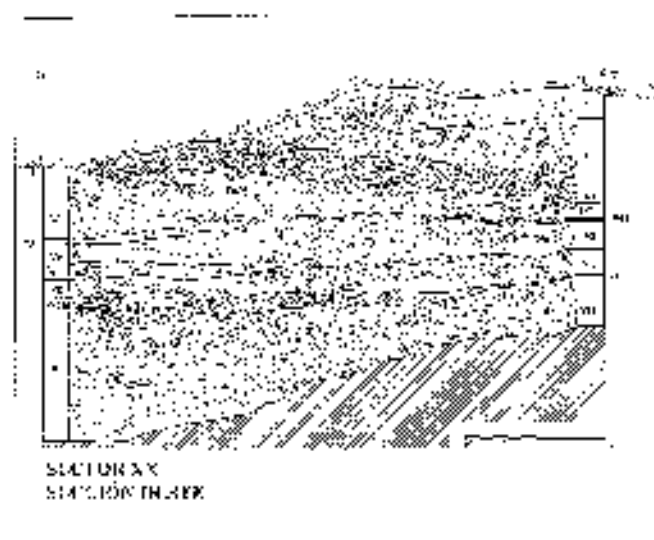


Fig. 2.—Sector XX. Corte estratigráfico del lado Oeste perpendicular a la muralla.

Se variado material es ya exclusivamente indígena, destacando los restos relacionados con trabajos de fundición: orinales, toallas, descobres, las piezas metálicas: pinzas de depilar, agujas y los fomes en bronce y las cerámicas: *tesony*, retícula brida, zig-zags incisos, etc.

Cronológicamente pertenece a los siglos VI-V a. C., por corresponder, toda de este estrato con su equivalente en otras zonas, como verices después, además de la fecha del intercalamiento indígena.

Estratos V y VI

Constituyen un nivel de habitación, que creemos de limitado por el estado de la capa VI, arenosa, fina y de unos 5 cms. de espesor, de disposición irregular y limitada a una extensión que coincide con la de los diferentes niveles habitacionales superpuestos (VA, VB, VC y VE). Cuenta con un hogar en arcilla, abundantes huesos, espigas de pescado, un ganchito en hierro, cerámicas incisas con espigas y zig-zags o con decoraciones onduladas, bordes incisos, recuadros de asas horizontales, crisoles, parte de una tobera, laciformes, pinzas de depilar, etc.

Estratos, en consecuencia ante diferentes niveles ocupacionales de una zona de habitación, de cuya parte superior proviene la datación LUAR-371, de 2250 \pm 50 B.P. con fecha calibrada en dos siglos entre 393-192 a. C. y

cuyas mayores probabilidades, a una sigma, apuntan al siglo III a. C.

El estrato VII

El denominado "2º nivel de verices" es una capa gruesa y compacta, dispuesta sobre la roca natural y correspondiente al momento inmediatamente posterior a la fundación de la muralla, que aquí se alza directamente sobre la roca natural, la cual ofrece un aspecto denso a causa de los pliegues de los estratos, por lo que fue preciso rellenar los huecos para conseguir estabilidad.



Fig. 3.—Sectores XII, XIX y XVIII de la muralla durante el proceso de excavación en 1992.

Abunda en carbones y contiene escasas cerámicas lisas y una de ellas con incisiones en espira de pescado, restos de fundición, una fibula de doble resorte, media pasador en T, fragmentos de Calderos con rebatidos y fauna y los limetas, en contacto una mandíbula.

Tipológicamente lo habíamos fechado por la fibula a lo largo de finales del VI y el V a. C., lo que se confirma ahora mediante la datación radiocarbónica de los niveles superiores situada entre el III-IV a. C. Esta fecha se verá corroborada posteriormente en el sector XVIII con nuevos datos radiocarbónicos.

Para concluir con la interpretación de esta cuadrícula hemos de destacar que, en líneas generales, permite documentar una buena secuencia estratigráfica de todo el conjunto prerromano y aunque es tentador suponer que los materiales romanos de los dos estratos superiores marcan la continuidad con los anteriores, pensamos que no pueda establecerse esta continuidad, a causa de la disposición de los propios estratos, por lo que dichos objetos deben encontrarse en posición secundaria y haber sido arrastrados de niveles superficiales situados en la zona más alta.

Sector XVIII:

El sector XVIII se encuentra en la ladera opuesta, la oriental y tras la zona recondicionada por el paso de rueda, lo que puede tener importantes consecuencias a la hora de analizar las discontinuidades estratigráficas respecto al sector XX (fig. 4).

Estrato I:

Tras un nivel superficial de unas 0,25 m. de potencia, aparece una gruesa capa, formada esencialmente por voluminosos bloques de cuarcita, algunos de ellos claramente tallados y que corresponden al cerrumbe de la muralla.

Estrato II:

Tiene escasa entidad y en parte coincide con el subyacente 1.º nivel de cerizas y en parte con el inicio del cerrumbe de la muralla, con cuya parte interior coincide. Alberga pocos materiales romanos.

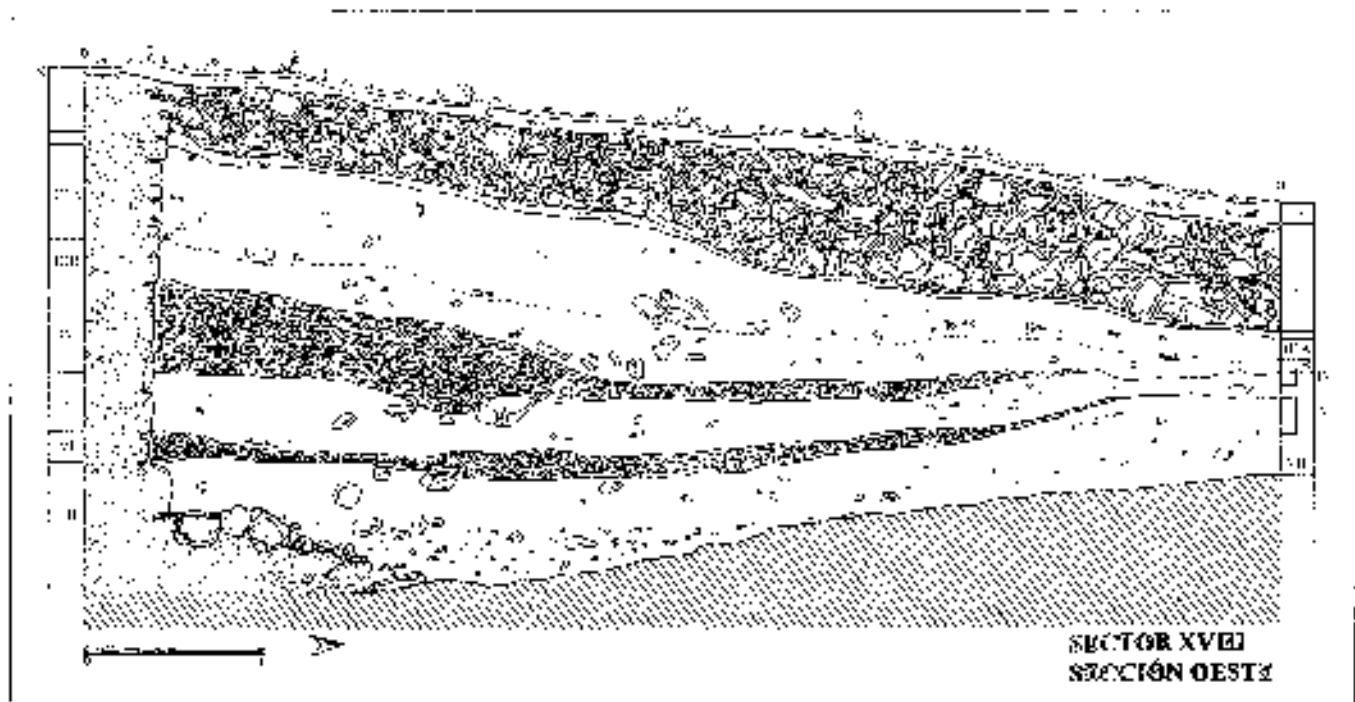


Fig. 4. Sector XVIII. Corte estratigráfico Sur-Norte perpendicular a la muralla y apoyándose en ella.

Estrato III

Se identifica con el denominado *1.º nivel de cenizas* o estrato prerromano más moderno, consecuentemente próximo al cambio de Era.

Se inicia con un nivel grisáceo y ceniciento (III A), con abundantes restos arqueológicos, que en profundidad se hace más negro y compacto, incluyendo un posible hogar (III B).

Proporcionó la datación UBAR 373 de 2060 ± 50 B.P. equivalente a 46 a. C., calibrada ticoocronológicamente. Su calibración a 2 sigmas, esto es con una verosimilitud del 95,4% se sitúa entre el 118 A. C. y el 56 p. C., pero como sabemos que corresponde a un nivel prerromano es evidente que la cronología debe centrarse en el siglo I a. C. Por si ello no fuera suficiente, en la campaña de 1994, al eliminar el tealigo entre los sectores XVIII-XIX el estrato III proporcionó una base de Campaniense A única que encaja bien en la primera mitad del siglo I a. C.

Este estrato corresponde a un momento de especial importancia y riqueza material del castro, es políptico y con material metálico y cerámico variado y de calidad, entre el que destacaríamos cerámica indígena con esa horizontal, con decoraciones de retícula bruñida o con rotulaciones de arena metálica, pasta vidrosa, piezas de bronce como fragmentos de fibulas de pie alta terminada en terracilla o en osífera, una hebilla anular de omega, cascanillas en hierro y piezas en hierro como una fibula de La Teña con pie adosada al puente o un enganche de calañá.

En su parte inferior se plantea un subnivel, representado por un suelo de habitación, sin pavimento del todo, aunque situado sobre una preparación más antigua y contada con tres hogares, el más septentrional de los cuales se encontraba decorado con una retícula de incisiones.

Estrato IV

Es una capa macronócea con bloques de piedra y gravas. Parece una nivelación, que serviese de base o cimentado al suelo de los hogares citados, entre ellos el decorado. No posee prácticamente restos arqueológicos, a excepción de la zona próxima a la muralla, en la que se encuentran conchas, espigas de erizo marino y numerosas escorias.

Estrato V

Capa de tierra, con algunas piedras, que sustituye al estrato IV, el cual va difuminándose poco a poco en di-

rección Oeste/este. En la zona de contacto entre el estrato IV-V se obtuvo la fecha UBAR-374, de 2095 ± 40 B.P. calibrada radiocarbónicamente en el 96 B.C. y que con la desviación standard de dos sigmas proporciona una franja entre el 194 cal B.C. y 1 A.D. al 95,4% de verosimilitud, siendo su mayor probabilidad a una sigla entre el 159-129 cal B.C. Sin embargo podemos hacer mayores precisiones, puesto que, por una parte el estrato superior corresponde al siglo I p. C. tanto por radiocarbono como por las cerámicas clásicas y además cuenta con materiales significativos desde el punto de vista cronológico, como dos fragmentos de un borde de *Kalotios ibélico*, fechada entre el 100 y el 80 a. C. y que entre los que definen por lo tanto el momento de ocupación.

Otros materiales significativos incluyen parte de una armilla de bronce inciso y decoración de espina de pescado encima y debajo zig-zags rematados en escarpillados de círculos concéntricos, un anillo de bronce con base retorcida, cadernillas en hierro, escorias y abundante fauna marina.

Estrato VI

Es una delgada capa de grava fina, de escasa potencia, y que disminuye hasta desaparecer a medida que se aleja de la muralla siendo absorbida entre los estratos V y VII.

Estrato VII

Sobre el suelo negro natural se aparece una capa carbonosa de base, que debe de corresponder al incendio del bosque del siglo X a. C. encima se construyó la muralla, utilizándose para su fundamentación una sólida banqueta en forma de plataforma de piedras ceñida por un cordillo, complementada por un millero de grava gruesa y gravilla de cantos rodados de tamaño medio y sobre la cual se depositó una capa de grandes bloques de cuarcita.

Como consecuencia de la estructura, en la estratigrafía perpendicular a la muralla pueden diferenciarse dos zonas distintas, la de fundación de la muralla y la externa a los fundamentos. Sin embargo ambas zonas están homogeneizadas estratigráficamente con la capa negra superpuesta, el denominado *2.º nivel de cenizas* con restos de conchero en la base y espigas de erizo, numerosas lanas y escasos materiales arqueológicos: un laciforme, plaquitas de bronce decoradas, escorias metálicas, diversas cerámicas lisas a mano y un punzón de hierro descubierto en 1993.

De este nivel de cenizas se obtuvo sobre los huesos de conejito alimenticio que alberga, la datación UBAR-321 de 2460 ± 50 B.P. con calibraciones ticoocronológicas de 751, 734 y 528 B.C. y horquilla entre 764-409 a. 95,4%

de verosimilitud a dos siglos. La mayor probabilidad se encuentra entre el 607-409 cal B.C., concordando con la cronología relativa propuesta para el sector XX, que seríamos a fines del VI V a. C., por lo que ambos siglos parecen próximos.

Respecto a esta lectura estratigráfica y sus implicaciones para la estratigrafía general, hemos de precisar, que la datación del 2.^o nivel de cenizas, confirma lo que ya indicaba el sector XX: la antigüedad de la muralla, remontable a los siglos V ó VI. Al respecto, a partir de la fecha Cid podría suponerse una fundación aún más antigua que alcanzase incluso a finales del siglo VIII, pero como que no existe material arqueológico que apoye esa posibilidad que ofrece el radiocarbono, por lo que los objetos arqueológicos juegan aquí un papel decisivo como matizadores dentro del amplio margen de la fecha absoluta.

A diferencia de lo ocurrido en el sector XX, tras el momento antiguo se aprecia un hecho cronológico concerniente a los niveles de los siglos IV III a. C. Hecho que ya habíamos observado tras el descubrimiento del *kalothos bélico* y que corroboran las dataciones.

Finalmente habríamos fijado desde el 150 a. C. en adelante la estratigrafía correspondiente a las capas V-I y el radiocarbono vuelve a confirmar ese proceso evolutivo con las fechas sucesivas del 96 y 46 Cal. a. C., situándose en consecuencia un claro nivel de habitación definido por los hogares (Fig. 5).

Sector XII-XIX:

Es una zona intermedia en la que se producen cambios estructurales, que justifican las diferencias estratigráficas

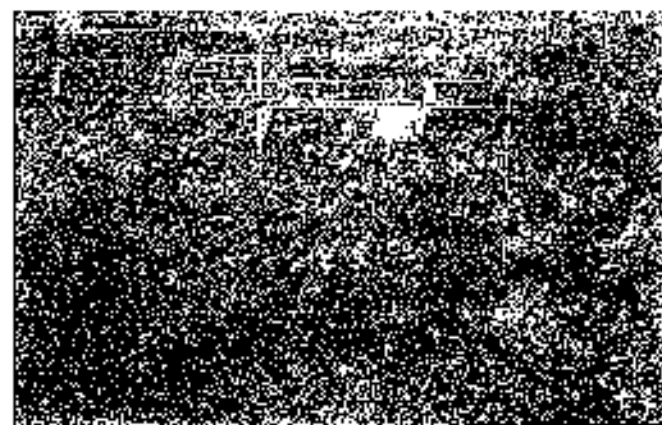


Fig. 5. Sector XVIII. Corte estratigráfico Sur-Norte.

entre las dos lecturas anteriores. La razón reside en que esta cuadrícula coincide con el final del paso de ronda, que discurría adosado a la muralla y que muere tras superar la unión de sus módulos nº 1 y 2. A causa de ello, la lectura estratigráfica entre la mitad occidental (sector XII) y la mitad oriental de la excavación (sector XIX) es diferente a partir del estrato II: hasta el más antiguo (Fig. 6).

Estrato I:

Corresponde al derrumbe de la muralla por lo que, con seguridad, está constituido por numerosos bloques revueltos y en distribución progresiva a medida que nos alejamos de aquella.

Estrato II:

Nivel romano de escasa potencia, y en contacto directo con el derrumbe. A pesar de lo exiguo, corresponde a un amplio momento cronológico en que va desde el inicio de la romanización hasta los siglos IVV a. C. como por ejemplo un *tribos*, ánfora, una base de cerámica romana o terrazo y cerámica paleocristiana estampillada con plumas, lo que demuestra que el derrumbe es posterior a esa fecha.

Todo lo cual, unido a la carencia de estructuras habitacionales, sugiere el escaso uso de esta zona durante la romanización.

Estrato III:

Es el denominado 1.^o nivel de cenizas en las otras zonas, con los que comparte iguales características. Posee restos de un hogar sencillo, aunque sin que hayamos encontrado en esa zona ningún suelo de habitación bien definido.

Es a partir de este punto donde se observan diferencias, pues en el sector XII como antes dicho se aprecia el condicionante de la estructura de paso de ronda, que en similitud al estrato precedente sobre su acortamiento (aunque con alguna cerámica incisa-estampada y restos de fundición), siendo más visible al exterior de dicha construcción.

En cambio el sector XIX, al más oriental, no cuenta con paso de ronda, pero pudo sufrir perturbaciones a causa de su proximidad. En la zona de contacto con dicho paso de ronda, el estrato III sobrecuanta los mampuestos de su revestimiento, lo que implica una mayor antigüedad de la ronda. Igualmente el hecho de que las piedras caídas del resto interior del paso de ronda no aparezcan en la estratigrafía, durante a una guarda se superpuso al nivel cuando el muro ya debía estar parcialmente destruido en este sector, muy probablemente por la presión del viento y el desnivel del terreno.

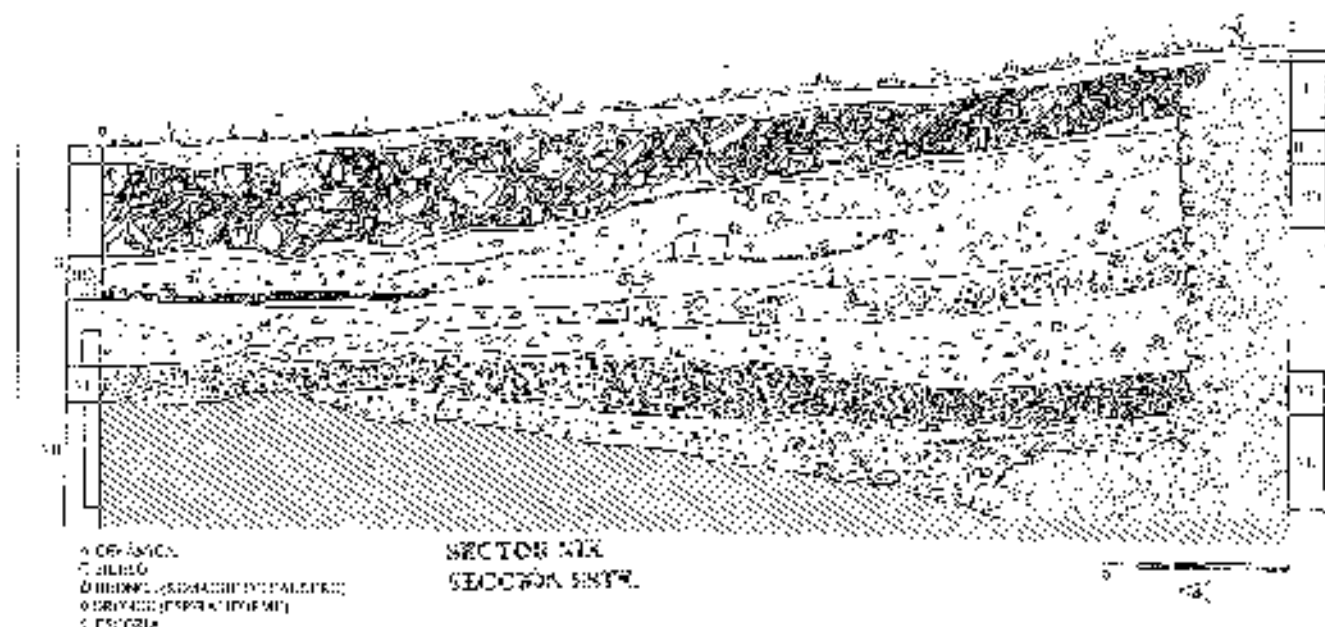


Fig. 6.—Sector XIX. Carta estratigráfica y estratigráfica, p. pertenencia a un calle.

Le corresponde la datación I.BAR-572 del 1870 \pm 310 B.P. es decir del 150 p. C. calibrada A.D. que por su amplio margen de desviación y su atribución a época romana es claramente observable.

Como refleja en el informe del laboratorio, esta muestra tuvo problemas de análisis durante la etapa de reducción del dióxido de carbono a acetileno, produciendo una pérdida de cantidad de muestra, por lo que pudo medirse una escasa actividad, lo que comenzó en un gran margen de incertidumbre. Afortunadamente esta muestra es coincidente desde el punto de vista cultural con la I.BAR.373, por lo que su cronología al de ser similar, es decir del siglo I z. C. fecha que lógicamente está incluida en el enorme margen entre el 540 B.C. y 780 AD que conlleva un grado de verosimilitud del 94,4% en una calibración a dos siglos.

Estrato IX:

Capa marronácea, que incluye abundantes piedras, como si se tratase de un acerzamiento.

Estrato IX:

Le un nivel de habitación no generalizado en todo el estrato, puesto que se dirige hacia occidente y el norte. Cuenta con interesantes materiales cerámicos y metálicos, como una espina doble y un remache en bronce. Debe corresponder al estrato V del sector XVIII, tal es el nivel en el que se encontró un *kalathos* ródico y por tanto, fechable entre fines del siglo I y mediados del II z. C.

Estrato VII:

Capa arenosa, amarillenta y con gravas, aproximadamente horizontal, que sobrepone igualmente las hileras del muro del paso de ronda. Su interpretación es difícil, pero debe relacionarse con un momento de prácticas metalúrgicas, a causa de los hallazgos de crisoles y de polvillo metálico (fig. 5).

Estrato VII:

Lo dicho respecto al estrato VII en el sector XVIII ante la fundamentación de la muralla es plenamente válido.

co para aquella zona más próxima a su paramento interior; es decir, la muralla se apoyaba a lo largo de toda la cuadrícula en una bien definida banqueta fundacional, que discurría en dirección Este-Oeste ceñida por un bordillo y complementada por un relleno de grava gruesa y gravilla de cantos rodados de tamaño medio. Sobre la banqueta va una capa de bloques grandes y por encima, el 2.º nivel de cenizas en la que el material más significativo es un brazalete de tipo La Majúa, abundantes huesos, parte de un conchero y escasas cerámicas lisas (fig. 7).

El resto de la cuadrícula es una masa compacta de cenizas y gravas azulosas, que contrastan con el anterior estrato arenoso, siendo su interpretación más difícil, ya que al bien estamos a gran profundidad y sobre el 2.º nivel de cenizas, el material que se halla parece bastante más moderno que él, pues sobre el suelo contamos con crisoles, cerámica de triángulos incisos, una fibula de tierra, enganchos de latón, navaja de afeitar en hierro o un fragmento cerámico con las impresiones de círculos y retículas incisas.

A pesar de encontrarse a gran profundidad, con azulado incluso en algunas zonas con el suelo natural, su cronología no puede ser excesivamente antigua, a juzgar por los hallazgos de dos monedas de pasta vitrea azuladas, cérfmicas con impresiones de círculos e incisiones y un tubito de bronce decorado como el equivalente en la época, en oro. Por su material y posición inferior al *Establos* este paquete estratigráfico VVI, así como su relación con el VII, puede situarse entre finales del siglo III y primera mitad del II a. C.

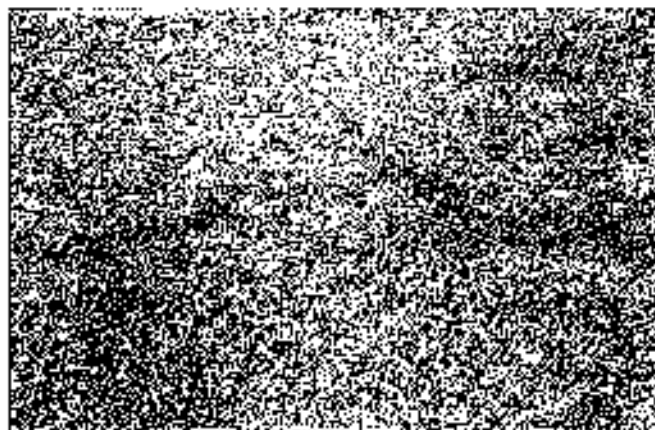


Fig. 7. Sector XI en el que se aprecia como la espita fundacional de la muralla pasa por debajo de las piedras del muro que cierra el paso de ronda (a la derecha de la foto).

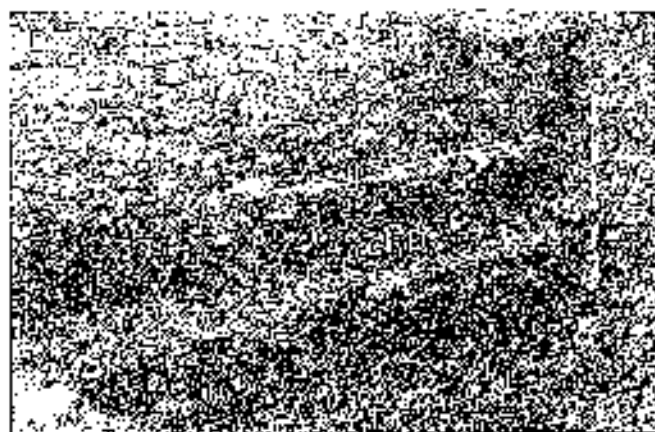


Fig. 8. Sector XII. Estratos inferiores (NF 5, 6 y 7). Se aprecia como el nivel arenoso NF 6 se superpone al muro que cierra el paso de ronda.

3. INTERPRETACION CONJUNTA DE LAS ESPECIFICIDADES Y MATERIALES

Si examinamos los resultados de las estratigrafías antes descritas podemos resumir la siguiente interpretación:

1. Directamente encima del nivel rocoso natural hay una capa de cenizas, carbonos e incluso troncos de árboles correspondientes al incendio del XI A.C., visible tanto del exterior como del interior del muro. Se fecha por la datación GrN-13959 de 2885 ± 19 B.P., calibrada dendrocronológicamente en el 1029 A.C. con una mayor probabilidad del 66,87% entre el 1064-1004 A. C. y una calibración entre el 116-996 para un 95,49% a dos sigmas. La segunda, GrN-10060, es igualmente de 2885 ± 35 B.P. por lo que lo dicho anteriormente es perfectamente válido para ella, como su mayor margen de indeterminación.

2. Por encima de los niveles de incendio y tras un *hiato* de varios siglos, se construyó la línea de fortificación principal a veces sobre la roca viva y a veces apoyándose en una amplia banqueta fundacional.

El nivel más antiguo de habitación, que denominamos en nuestros trabajos de campo 2.º nivel de cenizas, se apoya en la muralla y es también carbonoso, con restos de fundición, parte de una mandíbula humana, numerosas fauna paleontológica y malacológica y pocos materiales arqueológicos, aunque agrícolativos: fibula de doble resorte, fragmentos de calceos con remaches, brazalete decorado tipo La Majúa, pasador en T. laciforme, anzuelo de extremo

cariclos, cerámicas incisas en espiga o impresas en el hocico, asas cilíndricas, etc. Es el que cuenta con la datación UBAR-221, obtenida sobre fragmentos de ánforas consumidas por el hombre, con lo que se evitó el riesgo de contaminación, dada la posibilidad una de que muestra sobre carbóns correspondiese a niveles preabstracionales. La fecha mínima para esta fase es finales del siglo V A.C., pero cruzado los materiales del sector XX con la datación del XVIII la precisaremos entre el VI-V a. C.

3. Sobre esos niveles, en los siglos IV y III a. C. como mínimo, hay constancia de una edificación de gran tamaño en el sector XX, con pavimento de arena, alzado en muros de paramentos y un hogar en arcilla, además de abundantes restos de alimentación y objetos cotidianos.

3. Mas al este, el paso de ronda constituye una segunda reestructuración de toda la zona entre las aceras XVI y XIX. La reforma urbanística que representa, se ejecuta accediendo a la cara interna de la muralla una plataforma horizontal, con gravas y un muro que la ciñe por el norte, con escaleras para poder subir a ella.

Se construye lógicamente en una fase posterior a la muralla y anterior al 1.º nivel de cenizas y los niveles subyacentes del sector XIX, incluyendo el arenoso nivel VI, que se sitúa sobre el. Por tanto, debe ser anterior al incendio de fines de III-II a. C. Su antigüedad precisa entre los límites V-III a. C. no ha podido ser establecida con plena seguridad, a pesar de haberse realizado una limitada excavación (200 m.) dentro del propio paso de ronda. Este ha demostrado que, sobre el segundo nivel de cenizas y superponiéndose a la laqueada que nos sigue debajo de él, sólo hay un relleno de piedras, gravas y arenas, esencialmente estéril, lo que, en principio, podría indicar que la reforma debió ser bastante antigua (siglo IV a. C.).

4. El paso es toda vez más en buena parte del período de los niveles más antiguos y debió repetirse en otras zonas próximas, como la oriental, en la que se aprecian rellenos y reemplazos, que continúan el trabajo de consolidación de la muralla, aunque también hay materiales del III-II a. C.

5. A partir de mediados del II a. C. hay nuevos rellenos residuales habitacionales, que en parte vienen condicionados por la construcción previa del paso de ronda y la transformación general que le acompaña, además de las remodelaciones que genera los trabajos metalúrgicos. De hecho en zonas como el sector XVIII, carecemos de niveles correspondientes al período comprendido entre los siglos IV y mediados del II a. C., en el que surgen los nuevos hogares (incluyendo el decorado), sobre una nivelación de piedras. Es a partir de entonces cuando se forman diversos niveles de ocupación, en especial el 1.º nivel de cenizas,

que es típico de fines del siglo II y I antes de la Era, perdurando hasta la romanización. Se trata de un momento muy rico en material arqueológico cerámico, metálico y óseo.

6. La fase romana parece valorar poco el área defensiva. Se abandona la habitación en la zona y el material es menos abundante y de amplia dispersión cronológica. Prácticamente no hay un estrato romano de importancia, sino es el propio suelo sobre el que se derrumbará la muralla.

7. Las murallas debían mantenerse en pie, más o menos arruinadas, al menos en los siglos IV-V p. C. a pesar de que el material correspondiente a estas dos últimas centurias es escaso y no apoya una habitabilidad de la convergencia de a. de siglos anteriores.

8. Finalmente aparece un potente nivel de derrumbe de la muralla, de fechación imprecisa, pero en todo caso posterior al IV p. C. o anterior al definitivo abandono del poblado, el cual, en realidad ya debía estar seriamente dañado o mínimo desde finales del III p. C.

2. LAS APORTACIONES DEL INTERIOR DE LA CAMPA

En este recorrido por las primeras fases de ocupación del poblamiento, ya aludimos a que la campaña interior se aparta hasta la fecha pocos datos estratificados. En contrapartida, es aquí donde mejor se pueden observar los procesos evolutivos urbanos provocados por la romanización.

El punto de partida es el más difuso, pues si bien hay indicaciones sobre la existencia de viviendas indígenas en esa zona, parejas a los procesos de fundición metalúrgica y a hallazgos arqueológicos de gran antigüedad (cerámica griega, como *kylixes*, *kyathos* ibérico), las únicas estructuras habitacionales conservadas de tipo indígena, son las dos grandes construcciones circulares con basamento en piedra, a veces con clara parte central y con restos de hogares en su interior. Su cronología inicial es incierta, pues ambas tienen sus pavimentos prácticamente a nivel del suelo actual, separados simplemente por una ligera capa de *limosa* y a pesar de poseer abundante cerámica indígena, conaban en el mismo nivel con piezas romanas.

Con posterioridad las casas son ya regulares, siguen de modelos de plantas sencillas: rectangulares de forma normal y ancho delante o cuadrada, a veces con brazos corridos adosados a sus paredes o con habitaciones mayores que envuelven a las anteriores. No sabemos cuando se inician, aunque hay que suponer en el siglo I p. C. pero

si contrastamos con datos que apoyan abandonos, reconstrucciones y reaprovechamientos, basados en desaparición progresiva.

Así por ejemplo, la gran vivienda de los sectores 19/23 se incendió y abandonó definitivamente hacia la primera mitad del siglo III p. C. a juzgar por una acuñación de Julia Domna, esposa de Septimio Severo y madre de Caracalla. En cambio, en el conjunto de habitaciones de los sectores 37/38 hay viviendas rectangulares alteradas, anteriores a un conjunto más tardío, en el que se aprovecharon materiales de construcción antiguos, como umbrales de puertas y que se destruyeron ya a finales del siglo III p. C. caso de la vivienda del sector 37/38, bajo cuyo tejado destruido aparecieron dos acuñaciones de Claudio II el Gótico (268-270) y Galieno (268-269), esta última posterior al 257 p. C.

La *terra sigillata hispánica avanzada* de estos sectores, cuyas pastas están siendo estudiadas por Jaime Buxeda, permiten sugerir que las últimas producciones localizadas corresponden a talleres del Valle del Ebro, concretamente Rta. 8, Drag. 37, Drag. 35-17 y algunas Drag. 44, Hoz. 4 e Hoz. 6, situables entre finales del siglo II e inicios del III p. C., aunque con alguna posible posterioridad.

Todo ello permite establecer una notable diferencia entre el final de la Campa Torres y otros castros occidentales, para los que suele proponerse una desaparición en el siglo II p. C.

5. CONCLUSIÓN

Sólo hemos expuesto en este trabajo, por el espacio de espacio, algunas de las estratigrafías y dataciones que consideramos más representativas para dar una idea clara del análisis estratigráfico que se ha seguido en el estudio del yacimiento, ante la necesidad de cuestionar las sesgadas interpretaciones de L. Carrocera (CARROCFRA, 1994, 213-221) y despejar a los investigadores las dudas sembradas por este autor que, aunque con responsabilidades oficiales, no ha participado ni visitado las excavaciones del yacimiento durante las campañas arqueológicas, lo que puede explicar sus evidentes errores.

Dicho autor, que ignora los cortes estratigráficos, perfectamente visibles durante muchos años (incl. lo desde el exterior de la zona vallada, confunde los planos de consolidación de la muralla con las cuadrículas de excavación, equívoca aquellos materiales arqueológicos localizados que no encajan en su cronología, a los que ni siquiera alude en su comunicación al congreso de Oporto, descalifica

unos materiales cerámicos que concuerdan con el material Soto Medinilla II, diciendo simplemente "... a mi juicio, dudar mucho de poder relacionarse con el Soto" (CARROCFRA, 1994, 213) y carga contra los directores de la excavación y sus conclusiones a base de sus lecturas en los periódicos.

En cualquier caso y para concluir con la infundamentada y gratuita interpretación de F. Carrocera sobre la Campa Torres y la contradictoria posición que nos atribuye respecto a la cronología occitana del yacimiento, a partir de algunas de nuestras publicaciones y sobre todo de noticias periodísticas, haremos las siguientes puntualizaciones.

Es evidente que el uso de la prensa local (La Nueva España, La Voz de Asturias y El Comercio), no es la fuente bibliográfica o crítica más adecuada para utilizar como trabajo de consulta y exponer los resultados en un Congreso Arqueológico Peninsular. Si se añade que tales artículos no son firmados por ninguno de los directores de la excavación, sino por diversos periodistas, este uso resulta metodológicamente significativo sobre una materia de investigar.

Por otra parte, la omisión de tales referencias es igualmente errónea y destinada a crear confusión. Así se cita en primer lugar la serie excavaciones arqueológicas en Asturias (1987-1990), cuyo artículo sobre la Campa fue redactado en 1991 y se editó en 1992 (la fibula de cobre sobre la que se publica se encontró en Noviembre de 1990). En cambio, se omite la serie de referencias con el libro *Orígenes de Gijón*, que efectivamente también vio la luz en 1994, pero que fue redactada a principios de 1990, fecha que se desprende de la propia lectura del artículo correspondiente a la Campa Torres: "C. Hace ya doce años (1978) que comenzaron las excavaciones en el castro de la Campa Torres" (MAYA y GURSTA, 1992A, p. 40) y del hecho de que no se menciona la fibula de cobre hasta aún no descubierta.

Salvo estas dos publicaciones, el resto de las referencias son periódicas y de autores no relacionados con el mundo de la arqueología, por lo que no sería necesario comentarlas. Sin embargo, vamos a hacerlo, pues aunque en algunas de ellas hay errores de interpretación, lógicos en los no profesionales de nuestra especialidad u errores tipográficos (se confunde en dos ocasiones el siglo VI con el siglo IV a. C.), en líneas generales la información es relativamente aceptable y suele basarse en los datos provenientes de entrevistas con los propios arqueólogos.

En resumen, de la ordenación lógica se deduce que nuestro planteamiento cronológico históricamente es el siguiente:

1. Hasta finales de 1990 los únicos datos absolutamente fiables que nos permitían fechar los niveles prerromanos eran las cerámicas de harniz negro similares a la campaniense y el borde de ánfora grecó-italica. Así se refleja en el primer tomo de la Historia de España de Ldi. Plaüeta y en Orións de Gijón:

"Los castros se agrupan por su emplazamiento hercénico en dos tipos, los costeros y los interiores... Uno de los ejemplos más claros es el castro de la Campa Torres, cuyo origen se remonta a momentos anteriores al siglo II a. C." (CUESTA, 1990, 564).

"La cerámica prerromana del primer asentamiento fue avilada igualmente por el hallazgo, mezclado con otros materiales romanos más modernos, de cerámicas campanienses (II-I a. C.), y de parte de una boca de ánfora grecó-italica, producción muy difundida por el Mediterráneo durante el siglo II a. C." (MAYA y CUESTA, 1992A, 46).

"La espera de los resultados de ciertas dataciones absolutas mediante métodos físico-químicos podemos suponer, gracias a las cerámicas romanas anteriores a la conquista, que el castro estaba edificado al menos ya en el siglo II a. C." (MAYA y CUESTA, 1992A, 50).

2. A fines de la campaña de Julio de 1991 tras haber hecho la excavación de guerra, parte del nivel fundacional del castro en el sector XX, en el que se localizó primero una fibula de hierro raso-ite y una mandíbula humana y después fragmentos de celturo con remaches de tipo atlántico, lo que nos centraba entre los siglos VI-V a. C.:

"Este yacimiento arqueológico se sitúa en las laderas del siglo VI a. C. Es el único yacimiento que se está mencionando en el Principado en esta banda cronológica" (La Voz de Asturias, 26-VI-91).

"Según los restos aparecidos en los últimos tiempos la antigüedad del asentamiento de la Campa Torres es muy anterior a lo previsto... se veía que se trataba de un asentamiento del siglo II a. C. pero ahora podemos asegurar que se trata de restos de los siglos V o VI a. C." (La Voz de Asturias, 26-VI-91).

"Los arqueólogos aseguran que ya habían encontrado en la Campa restos que permiten datar el yacimiento en el siglo VI a. C. cuatro siglos más atrás de la datación inicial. En la Campa se vivió entre el siglo VI a. C. y el siglo III de nuestra era" (La Nueva España, 26-VI-91).

3. También durante 1991 recibimos los primeros resultados de dos dataciones radiocarbónicas realizadas por el laboratorio de Groningen y que proporcionan 2885 ± 70, es decir el 935 a. C. en datación convencional no calibrada. Ambas se refieren al incendio de un bosque anterior a la edificación del castro y en el que algunas especies ve-

gerales sugerían a la palinóloga, P. Uzquiano, la posible intervención del hombre sobre el terreno, quizás rozando para conseguir pastos. En cualquier caso, no interfieren para la fundación del castro propiamente dicho entre los siglos VI-V a. C.:

"Se trabajó en la zona más próxima a la entrada del yacimiento arqueológico, donde se han encontrado vestigios de actividad humana en el siglo X a. C. El poblado de la Campa Torres debidamente documentado, data del siglo VI a. C."

"En otro aspecto los estudios de la próxima semana aclararán la procedencia humana o no— de un trazo de mandíbula encontrado en la Campa Torres y que se gran todos los vestigios proceden del siglo VI a. C. en una época totalmente indígena" (La Nueva España, 4-VII-91).

"La muralla de la Campa, que mide unos 150 m., es del siglo IV a. C. [VI a. C.]..."

"Incluso hay indicios de que en el siglo X a. C. ya había un asentamiento en la Campa de Torres. Los estudios de CIA demuestran que en este tiempo había un bosque de robles a lo suroeste de la Campa, este bosque se quemó y encima de los restos se edificó. Este incendio fue resultado de la acción del hombre"

"Queremos saber cómo vivían hace 2.960 años y deducir el paisaje" (La Voz de Asturias, 13-V-91)

"El conocimiento de la flora y la fauna permitirá reconstruir la vida en la Campa desde el siglo IV a. C. [La Nueva España, 21-X-1991] [El párrafo siguiente, que se afecta a la cronología inicial del castro, se parece a haber sido entendido por el periodista, por lo que prescindimos de él].

"Gracias a los hallazgos obtenidos hasta el momento se sabe que, aproximadamente, durante los siglos V y VI a. C. hasta el periodo que se hablaba del siglo II a. C. un grupo de asiáticos (posteriormente o la tribu de los celturos, según se supa a través de la leyenda de Canadavilla) llegaron a lo costero y se instalaron en el Cano de Torres, por considerarlo un sitio fácil de defender" (El Comercio, 3-III-99). [obviamente el periodista confunde gens con tribu].

"La Campa de Torres es el lugar donde el pueblo astur tuvo su primer asentamiento a comienzos del siglo IV a. C. [VI a. C.]. Llamado inicialmente "Oppidum Novum", fue el germen de Gijón" (La Nueva España, 9-IX-91).

"El nivel indígena en clara en las defensas desde un momento muy antiguo (esto es, siglos VI-V a. C.)" (MAYA y CUESTA, 1992B, 52).

En resumen, parece que una selección y uso adecuado de las fuentes escritas, incluso las provenientes de cultura-

los tan cuestionables como el periodismo, hubieran hecho graves errores a E. Carricera y a sus ilustres lectores, tal y como lo demuestra su contraste con las etnohistorias, la arqueología y las dataciones radiocarbónicas.

NOTAS

- (1) Damos por supuesto que posiblemente sea el tercer caso, aunque en concreto de fines de la década de los setenta o principios de los ochenta del presente siglo, cuando una indígena constructora usó las clásicas estructuras militares como paredes, aunque se permitiera mucho más alhaja. Por ello, a pesar de encontrarnos ante una estructura en posición secundaria, correspondés esencialmente a épocas coetáneas con ciertos objetos indígenas, quizás pertenecientes a algunas producciones más avanzadas de los niveles más modernos precolombinos.
- (2) En los dos contextos y los tirafijos que contienen son responsabilidad nuestra.

BIBLIOGRAFÍA

- CARRICERA FERNÁNDEZ, E. (1994): *Estudio crítico de la etnohistoria en contextos arqueológicos*, en "Trabajos de Arqueología e Etnología", 10 (3-4), actas del I Congreso de Arqueología Peninsular, 12-13 Octubre, 1993, (1993, 1994), p. 211-221.
- CARRICERA, E. (1990): *Pes de Derivación*, en "Historia de España" dirigida por Antonio Domínguez Ortiz, 4, Ed. Plencia, 1990, figs. 164.
- MAYA, J. J. y GUSTIA, A. (1992): *Excavaciones de la Campa Torre*, en FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (Ed.): *Las ruinas de Cádiz*, Cádiz, 1992, pp. 37-52, figs. 1-3.
- MAYA, J. J. y GUSTIA, A. (1992b): *Excavaciones de la Campa Torre (1991-1994)*, en "Excavaciones arqueológicas en España, 1991-1992", Oviedo, 1992, pp. 143-152, figs. 1-6.